

Francisco Romero

Jubil acción

Baobab Teatro

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidas la reprografía y tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella, mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2009 Francisco Romero

Baobab Ediciones

San Francisco, 67. 13270 ALMAGRO

Tfno: 629915273

www.ebaobab.com

pacoromero@ebaobab.com

Pepe y Guillermo llevan diez años jubilados, pero conservan la misma amistad que mantuvieron durante los cuarenta años que trabajaron juntos en la oficina del registro.

Toda la obra se desarrolla en el salón de la casa de Guillermo, un lugar sombrío que va ganando luminosidad a medida que avanzan las escenas.

PRIMERA ESCENA

Entran Pepe y Guillermo en una habitación oscura en la que se percibe cierto abandono y falta de ventilación. Guillermo lleva unos folletos en la mano.

GUILLERMO. Gracias por acompañarme, creo que no me hubiera atrevido a ir solo.

PEPE. Sé que tú también lo habrías hecho por mí, y nunca está de más informarse.

GUILLERMO. Si hace un año alguien me hubiera dicho que iba a dedicarme a visitar residencias de ancianos, me hubiera cabreado y lo habría echado de mi casa.

PEPE. Y con razón.

GUILLERMO. Pero los tiempos cambian y la salud no es igual.

PEPE. Yo no te veo tan mal.

GUILLERMO. Setenta y siete años tengo. Siempre uno más que tú.

PEPE. Quince meses.

GUILLERMO. Da igual, el caso es que hemos llegado a una edad en la que estar vivo es un privilegio, pero los achaques no paran de crecer, y la soledad se agiganta hasta provocar que te sientas minúsculo. Este piso se me ha quedado grande, o puede que cada día me sienta más pequeño.

PEPE. Para sentirse aplastado por la soledad no es necesario vivir solo. Yo siento cómo me quita terreno, y no importa que viva con mi hijo, su esposa y mi nieta. Sus problemas no son los míos. Cada día me siento más arrinconado en mi propia casa, como si fuera un mueble viejo que sirve para llenarlo de recuerdos que nadie necesita.

GUILLERMO. Mira que te lo dije muchas veces. Ten cuidado con tu hijo que va a salir más carga que tú. Y ahí lo tienes, parece uno de esos viejos que presumen de saberlo todo.

PEPE. Ya empieza a hablar de su propia jubilación y tiene ilusión porque llegue. Incluso habla de acogerse a la jubilación anticipada. Me da pena que a veces sea tan negativo.

GUILLERMO. ¿A veces?

PEPE. Dice que este mundo funciona muy mal, que los políticos no saben gobernar y que no se puede salir a la calle sin temor de que te roben o te maten.

GUILLERMO. El miedo está de moda. Debe ser porque tenerlo no cuesta dinero.

PEPE. Pero ese miedo no se lo aplica él, sino que lo extiende a los demás. Todo lo que hace su hija le parece mal, como si Elena, con sus veintitrés años y la carrera de arquitectura casi acababa, no estuviera preparada para vivir sin la protección de su padre. Y a mí me tiene martirizado con todo aquello que no debería hacer a cierta edad porque me perjudica. Me da órdenes como si fuera un crío de seis años. Si no fuera por mi nieta y por mi nuera, creo que me estaría haciendo el mismo planteamiento que tú.

GUILLERMO. ¿Qué te han parecido las distintas residencias?

PEPE. Las habitaciones están muy bien. Ya no tienen nada que ver con los asilos de otros tiempos donde el ambiente era tenebroso porque la enfermedad y

la muerte estaban muy presentes. Ahora parecen hoteles.

GUILLERMO. Son más limpias y puedes llevar una vida independiente, con la ventaja de que tienes a tu disposición muchos servicios de los que careces cuando vives solo, y todo sin que tengas que desplazarte ni hacer colas.

PEPE. Todo eso está muy bien, pero...

GUILLEMO. ¿Pero qué?

PEPE. Pues que están llenas de viejos.

GUILLERMO. Claro, para eso son. Si estuvieran llenas de mujeres de veinte años, no me lo hubiera pensado ni un segundo. Somos viejos y, por tanto, prescindibles. Hay que dejar paso a los jóvenes, y la mejor manera de hacerlo civilizadamente es agrupándonos en guetos o campos de concentración, en los que tengamos de todo salvo la ilusión por salir de allí, a menos que sea en coche fúnebre.

PEPE. Creo que eres un tanto drástico al definirlos, aunque en el fondo no te falta razón.

GUILLERMO. Te confieso que tengo miedo, aunque no tiene nada que ver con la cobardía de tu hijo. No creo que el miedo sea de la propia muerte, sino de todo aquello que la rodea, sobre todo de quedarme incapacitado.

PEPE. A nuestra edad es un riesgo.

GUILLERMO. Todos los meses me visita una asistente social, supuestamente para conocer mis problemas y ayudarme, pero cuando se va no me quedo más tranquilo. Tengo un botón en el móvil que si lo aprietas se pone en marcha un dispositivo de emergencia que me atendería en pocos minutos. Supongo que todo eso es una señal de progreso, pero yo echo de menos otras cosas.

PEPE. Deseas sentirte más activo.

GUILLERMO. Sí, esa es la palabra. Parece como si tuviéramos que conformarnos con esperar a que llegue la muerte, y todo aquello que implique actividad fuera perjudicial para nuestra salud.

PEPE. Hace doce años nos prohibieron seguir activos y nos jubilaron. Se supone que teníamos el dere-

cho de cobrar una paga a cambio de todo el trabajo que habíamos realizado durante cuarenta años. Entonces entendimos que la jubilación y la actividad eran incompatibles, y nos resignamos a nuestra fortuna asumiendo el papel de viejos antes de serlo.

GUILLERMO. Sí, supongo que teníamos que haber hecho algo cuando estábamos a tiempo de rectificar. Comenzar un nuevo proyecto que nos mantuviera ocupados e ilusionados.

PEPE. Claro que teníamos que haberlo hecho, pero lo que es más importante, todavía podemos hacerlo.

GUILLERMO. ¿No es demasiado tarde?

PEPE. Tenemos achaques, tomamos pastillas, jarabes, nos duele la espalda, los huesos y tenemos problemas para mear por culpa de la puta próstata. Debemos tomarnos la tensión todas las semanas, comer con poca sal y mucha verdurita y hemos de mirar cada día la lista de las defunciones para comprobar que no nos han incluido, pero no es demasiado tarde Guillermo. La cabeza todavía nos funciona medianamente bien y nunca es tarde para tener ilusión por algo que consideremos nuestro.

GUILLERMO. No recordaba la última vez que te vi tan efusivo.

PEPE. Tal vez sea porque no te había visto tan cerca de claudicar.

GUILLERMO. Luego no eres partidario de que deje el piso y me marche a vivir a la residencia de ancianos.

PEPE. La decisión es tuya, pero reconozco que no me haría ilusión ir a visitarte a un lugar donde el ambiente es tan animado.

GUILLERMO. Si te digo la verdad, creo que aún no estoy preparado para dar ese paso. Pero algo tengo que hacer para recuperar la fortaleza y la dignidad. No digo que tenga que dar saltos de alegría, pero al menos que me despierte cada mañana con la esperanza de hacer algo que me importe y que no tenga que ver con ir al centro de salud a por recetas o a la caja de ahorros para firmar un papel en el que conste que sigo vivo para seguir cobrando la pensión.

PEPE. Yo creo que tenemos que jubilarnos de la jubilación.

GUILLERMO. Jubilarnos de la jubilación. ¿Qué cojones quieres decir con eso?

PEPE. Rebelarnos contra el destino que nos han impuesto.

GUILLERMO. Tú incitando a la rebelión. Creía que eras alérgico a esa palabra. La revolución y las barricadas siempre fueron cosa de los perdedores con ideas progresistas, como yo, de los que queríamos cambiar el mundo.

PEPE. Y así te ha ido. De ser un funcionario con plaza fija que se sabía de memoria La Internacional, a convertirte en un aspirante a ocupar una plaza en una residencia de ancianos para conquistar cada día tu ración de sopa.

GUILLERMO. Menos cachondeo o aparecerán los trapos sucios, y no ganamos nada ocupando el tiempo en remover el pasado.

PEPE. Entonces tengamos coraje y miremos al futuro sin miedo

GUILLERMO. ¿Cómo se puede luchar contra la inactividad?

PEPE. Con disciplina, con mucha disciplina. Creo que la única solución consiste en recuperar los hábitos que hemos perdido.

GUILLERMO. Si no te he entendido mal, se trata de que realicemos una actividad que nos mantenga ocupados a diario, como si estuviéramos realizando un trabajo.

PEPE. Efectivamente, y no podemos esperar, mañana mismo debemos empezar con el mismo horario que tuvimos.

GUILLERMO. ¿Dónde vamos a desarrollar ese trabajo?

PEPE. Yo creo que este salón, si lo acondicionamos un poco, lo ventilamos y dejamos que pase algo más de luz puede ser un buen lugar para una oficina.

GUILLERMO. El sitio puede que esté bien, pero ¿qué vamos a hacer en nuestra nueva oficina?

PEPE. Eso es algo que decidiremos en horario de trabajo. Ahora me tengo que marchar. Te prometo pensar en ello.

GUILLERMO. Yo también lo haré. Creo que tiraré los folletos a la papelera para empezar.

PEPE. Eso ya es un paso adelante.

Oscuro.

SEGUNDA ESCENA

Guillermo trata de poner algo de orden en la habitación. Entra luz por una ventana. Aparece Pepe.

PEPE. He abierto con la llave que me diste hace años por si perdías la tuya. Si esta va a ser nuestra oficina en horario de trabajo, considero más adecuado no llamar a la puerta.

GUILLERMO. Si vamos a tener disciplina, hemos de ser puntuales y llegar a tiempo.

PEPE. Son las nueve y diez en punto.

GUILLERMO. Ya sabes que la hora de entrada son las nueve.

PEPE. Esa era la hora oficial, pero siempre llegué a la oficina a las nueve y diez, y no pretenderás que cambie mis hábitos a estas alturas.

GUILLERMO. Está bien, si así lo quieres, lo mantendremos de cara al futuro, pero no habrá más concesiones.

PEPE. Cuando he salido de casa he sentido un escalofrío. No sé si es de miedo al vacío o de ilusión por

abrir una nueva puerta.

GUILLERMO. Yo creo que se trata de la novedad. Como siempre hemos hecho lo que nos han mandado, ahora nos creemos incapaces de hacer algo por nosotros mismos.

PEPE. Tal vez sea eso.

GUILLERMO. Para que una decisión sea errónea debe existir una alternativa que sea mejor. ¿Crees que existe esa opción para nosotros?

PEPE. La verdad es que las otras nos conducen al asilo.

GUILLERMO. Entonces es que estamos haciendo lo correcto, y no debemos arrepentirnos de lo que hagamos.

PEPE. Llevas razón. Te prometo no volver a lamentarme.

GUILLERMO. Bien, entonces volvamos al principio.

PEPE. Creo que para seguir adelante tenemos que elegir un trabajo adecuado a nuestras características.

GUILLERMO. Así es.

PEPE. ¿Qué es lo que hicimos durante tantos años?

GUILLERMO. Escribir a máquina, rellenar impresos, formularios e instancias, y pedir pólizas, miles de pólizas. Y, por supuesto, decir muchas veces a la gente: «Vuelva usted mañana».

PEPE. Las pólizas y los impresos me temo que no nos van a servir para nada, y no creo que tratemos con mucha gente. Pienso que solo nos queda la máquina de escribir, pero no sabemos qué hacer con ella.

GUILLERMO. ¿Tú has escrito algo que no sea un documento oficial?

PEPE. Una vez escribí una carta a un periódico que publicaron.

GUILLERMO. ¿Sobre qué la escribiste?

PEPE. Recuerdo que la redacté en los años sesenta y la mandé al periódico «Arriba». En ella mostraba mi congratulación por la política de incremento de pantanos llevada a cabo por el Caudillo. Como comprenderás, nunca te lo comenté debido a tus antecedentes

comunistas.

GUILLERMO. Lo comprendo perfectamente. Tras esa demostración de creatividad, tu futuro como escritor está asegurado.

PEPE. Y tú que pareces tan seguro, ¿qué importantes obras has escrito?

GUILLERMO. Hombre, obras importantes, lo que se dice importantes no, pero sí escribí poemas en la juventud y una crónica periodística que salió publicada.

PEPE ¿Tú periodista?

GUILLERMO. Sí, se trataba de escribir la crónica de un partido de fútbol de categoría regional. Tenía que hacerla mi amigo Ruperto, pero él estaba con gripe y me pidió que la hiciera por él.

PEPE. Pero si tú siempre has odiado el fútbol.

GUILLERMO. Todo empezó aquel terrible día. Llegué pronto al campo, que no era un estadio sino un auténtico descampado con piedras incluidas. Hacía una tarde de perros y yo estaba congelado mientras ob-

servaba cómo veintidós individuos se pasaban todo el tiempo corriendo en camiseta y calzoncillos detrás de una pelota que no les había hecho nada con la única intención de golpearla con violencia. Después de aquel partido tuve que pasarme dos días en la cama con cuarenta de fiebre, y tras aquella amarga experiencia decidí que el fútbol no podía traerme nada bueno.

PEPE. ¿Qué escribiste en la crónica?

GUILLERMO. La titulé: «Frenesí en la tierra», y escribí un par de páginas contando la odisea que había presenciado, pero lo que salió publicado fue: «Gimnástica cero, Unión cero. Tiempo deslucido, escaso público, árbitro malo, resultado justo, juego horrible».

PEPE. Una apasionante crónica. Espero que tu obra poética tuviera más éxito que tus profundos artículos periodísticos.

GUILLERMO. No recuerdo aquellos poemas, pero tenían una fuerte carga social y política. No los guardé porque de haberse descubierto me hubieran acarreado graves consecuencias. A lo largo de la historia han sido muchos los escritores ejecutados por sus poesías. Dicen que las palabras golpean más fuerte que

las balas.

PEPE. Supongo que las tuyas debían ser dinamita. Lástima que no conserves tu obra lírica, me hubiera encantado leer las poesías de un auténtico revolucionario.

GUILLERMO. Menos guasa. En cualquier caso, creo que hemos de dedicarnos a escribir. Hay que valorar que dos de los elementos más importantes de cara a la creación literaria son la disponibilidad de tiempo y la experiencia, y de los dos andamos sobrados.

PEPE. ¿De qué experiencia hablas?

GUILLERMO. De la experiencia vital, entre los dos sumamos más de ciento cincuenta años de conocimientos. No hay mucha que gente que disponga de un almacén como el nuestro.

PEPE. El almacén tendrá ciento cincuenta años, pero me parece que lleva más de un siglo cerrado.

GUILLERMO. Pues intentemos abrirlo de nuevo.

PEPE. Puede que lleves razón y merezca la pena intentarlo, pero ¿qué escribiríamos?

GUILLERMO. Para empezar descartaría escribir nuestras memorias, bastante hemos tenido con sufrirlas como para tener que revivirlas otra vez.

PEPE. Serían tremendamente aburridas. Si nos quedan pocos años de vida, será mejor dedicarlos a algo más apasionante. ¿Qué te parece si escribimos una novela?

GUILLERMO. (Tomándose tiempo antes de responder.) ¿Tú conoces alguna novela que haya sido escrita por dos autores?

PEPE. Creo que no, aunque tampoco conozco muchas con un solo autor.

GUILLERMO. Me temo que escribir una novela nos podría acarrear problemas, porque imagínate que tiene éxito. ¿Quién de nosotros se lleva el protagonismo y las entrevistas en la tele?

PEPE. Llevas razón, eso podría ser muy tentador para nuestra vanidad. La fama podría terminar con la amistad. Creo que sería conveniente descartar la novela... ¿Qué tal el teatro? Podríamos escribir teatro.

GUILLERMO. ¡Teatro! ¿Pero es que no sabes la

crisis que atraviesa el teatro? La gente ya no va al teatro y solo se estrenan esos musicales que copian los que se hacen en Londres o Nueva York.

PEPE. ¿Son como las revistas que veíamos cuando éramos jóvenes en las que salían las vicetiples y las bailarinas con poca ropa?

GUILLERMO. Un poco más evolucionadas, pero eso no es para nosotros.

PEPE. Será mejor olvidarnos del teatro.

GUILLERMO. Bastante tenemos con nuestra crisis existencial como para cargar con crisis ajenas.

PEPE. Sabes, cuando veo una película en la tele, me llama la atención los títulos que salen al principio y al final. Me parece increíble que en una película trabaje tanta gente, y lo más curioso de todo es que cuando aparece el cartel que pone guionista o scriptwriter, como un día me explicó mi nieta que se decía en inglés, casi siempre se trata de varias personas. Los guiones se escriben en equipo.

GUILLERMO. ¿Acaso estás insinuando que nosotros podríamos escribir guiones de cine?

PEPE. Si otros lo hacen, también lo podemos hacer nosotros.

GUILLERMO. Pero si no tenemos ni idea de cine.

PEPE. ¿Y qué? Tampoco la teníamos de funcionarios cuando empezamos y nos pasamos cuarenta años en el oficio.

GUILLERMO. Admito que no está mal. En realidad sería algo grande. Podríamos estar al lado de las estrellas del cine y de los actores más duros, como Ava Gardner, Greta Garbo, Gary Cooper o John Wayne.

PEPE. Esos me parece que ya no trabajan, pero conoceremos a otros muy importantes.

GUILLERMO. ¿Cómo se escribirá un guión?

PEPE. Podemos aprender. Los que lo hacen no habrán nacido enseñados.

GUILLERMO. ¿Habrá alguna escuela donde enseñen?

PEPE. Yo creo que lo mejor es ver películas y apuntar lo que ocurre en ellas. Luego se trata de hacer lo mismo, cambiando un poco la historia y los personajes

que las protagonizan. Si te das cuenta, la mayoría de las películas modernas son una copia de las antiguas, y si alguna funciona, se hace la segunda, la tercera y hasta la octava parte.

GUILLERMO. Visto así parece interesante y no demasiado difícil. ¿Cuándo empezamos?

PEPE. Esta tarde podríamos ir al cine y ver alguna película para ir sacando información.

GUILLERMO. Yo creo que las de la tele también podrían valer.

PEPE. Son más antiguas, y nos conviene estar a la última para saber lo que se lleva.

GUILLERMO. Tienes toda la razón. Si nos ponemos a crear un guión, hagámoslo moderno para que no nos encasillen de antiguos.

PEPE. ¿Qué película podría ser la más adecuada para comenzar nuestro aprendizaje?

GUILLERMO. Por aquí tengo el periódico del domingo donde viene la cartelera. (Mientras busca en el periódico).Creo que lo mejor es que veamos una cada

uno, así podríamos recoger más información.

PEPE. Tienes razón, eso nos permitirá ganar mucho tiempo en la investigación. Mira este anuncio: «Sábado catorce sexta parte». No me parece demasiado interesante, aunque en la foto se ve mucha sangre y la ponen como gran éxito de taquilla.

GUILLERMO. Me gusta esta: «El exterminador siempre regresa a casa por Navidad». Las Navidades me parecen unas fiestas muy entrañables, es la época del año en la que se reúne toda la familia en un ambiente de amor, paz y fraternidad. Como no he tenido familia, nunca he podido disfrutarlas plenamente.

PEPE. Te aseguro que las reuniones familiares de Navidad, que yo conozco, no se parecen en nada a lo que acabas de contar. Pero volvamos al cine, que es lo que nos interesa. Mira aquí ponen una película española: «El retorno de don Quijote».

GUILLERMO. ¿A ti te parece interesante con ese título?

PEPE. No demasiado, además, no sé adónde había ido para que tenga que retornar.

GUILLERMO. Creo que voy a ir a ver esta: «Los dos lados opuestos de la cama».

PEPE. Vaya, vaya, que callado lo tenías, así que te gustan las películas de sexo.

GUILLERMO. Mero interés profesional. Hemos de abarcar todos los géneros en nuestro trabajo si no queremos que nos encasillen en un determinado estilo.

PEPE. No te enfades hombre, solo era una broma.

GUILLERMO. Una cosa muy importante. Propongo que durante los próximos días alteremos nuestra rutina para que la recopilación de datos no nos obligue a ir al cine durante mucho tiempo. Necesitamos sentarnos a trabajar cuanto antes, por lo que hemos de plantearnos ver muchas películas en pocos días.

PEPE. Eso estaría bien, aunque temo la repercusión que pueda tener la alteración de los horarios en mi familia.

GUILLERMO. Ya eres mayor de edad como para tener que dar explicaciones a tu viejo de todo lo que haces. Si un día tienes que llegar a la una de la noche

lo haces. Para ser buenos guionistas no debemos reparar en medios.

PEPE. Tienes razón, ya estoy cansado de justificar todo lo que hago. Soy un hombre independiente y lo voy a demostrar.

GUILLERMO. Entonces esta tarde empezamos con la operación Hollywood.

Oscuro.

TERCERA ESCENA

Los dos están sentados, cada uno tiene un cuaderno.

PEPE. Bueno, ya tenemos los datos, ahora debemos clasificarlos en diferentes categorías.

GUILLERMO. ¿Qué tal has vivido la experiencia de llegar varias noches a deshoras?

PEPE. Yo muy bien, aunque en alguna película he dado más de una cabezada, pero mi hijo está mosqueado últimamente por lo tarde que regreso a casa. Teme que me convierta en un viejo senil.

GUILLERMO. ¿Y tu nieta qué dice?

PEPE. Ella está encantada con tener un abuelo que tiene una vida oculta.

GUILLERMO. No le habrás descubierto nuestros planes.

PEPE. Claro que no, aunque no hay que preocuparse por Elena porque es de fiar.

GUILLERMO. Ayer me pasó algo extraño. Sonó

el despertador a las ocho, y por primera vez en más de cuarenta años me quedé dormido, pero lo más sorprendente de todo fue que me sentía muy bien cuando me levanté a las once de la mañana. No tenía remordimiento por haberme quedado en la cama.

PEPE. A mí también me pasa algo parecido, creo que nunca habíamos trasnochado tanto.

GUILLERMO. Tal vez tuvimos que hacerlo más a menudo.

PEPE. Sí, puede que no hubiera estado mal, pero vamos a lo que importa.

GUILLERMO. ¿Cómo lo hacemos?

PEPE. Pienso que lo mejor es que yo lea en voz alta las conclusiones, mientras tú realizas los cálculos correspondientes porque siempre se te dieron mejor las matemáticas.

Guillermo coge una hoja en blanco y una pequeña calculadora. Pepe se levanta dispuesto a leer de pie.

PEPE. ¿Estás preparado?

GUILLERMO. Sí. Empecemos por los asesinatos.

PEPE. Trescientos sesenta y cinco, de los cuales trescientos trece han sido realizados por los malos, cuarenta y siete por los buenos, y hubo cinco en los que no disponíamos de información suficiente para saber si eran buenos o malos.

GUILLERMO. Estos últimos los podemos obviar, no son representativos y pueden conducirnos a falsear los datos. ¿Qué tenemos sobre explosiones con víctimas?

PEPE. Cuarenta y tres, aunque ha sido imposible cuantificar unos daños que, por supuesto, son de gran magnitud.

GUILLERMO. ¿Escenas de cama o sexo? Ya que, como hemos podido observar, no siempre se han desarrollado en el lugar especialmente indicado para este tipo de actos.

PEPE. Ciento treinta y cuatro, entre las que destacan veintinueve por su extraordinaria nitidez, y hubo algún caso en el que esas escenas las protagonizaron más de dos personas.

GUILLERMO. Sí, parece ser que la fidelidad no es una de las principales cualidades de los protagonistas de las películas.

PEPE. Yo creo que una cosa es la fidelidad y otra muy distinta es la perversión, porque hay que ver las cosas que hacían los protagonistas en algunas de esas secuencias.

GUILLERMO. No te falta razón, pero no somos censores y parece ser que eso gusta al público. Sigamos con los datos. ¿Violaciones o escenas de sexo sin autorización de uno de los contendientes?

PEPE. Dieciocho, de las que quince son heterosexuales y tres homosexuales.

GUILLERMO. ¿Robos, timos, chantajes, secuestros, torturas y otros actos que sean perjudiciales para la seguridad ciudadana?

PEPE. Ciento dieciséis en total, de los cuales cuarenta eran chantajes, y en treinta y seis se trataba de torturas.

GUILLERMO. ¿Algún dato más que se pueda considerar relevante?

PEPE. No, creo que ya lo tenemos todo, porque si nos pusiéramos a contar las veces que mienten, no daríamos abasto.

GUILLERMO. Entonces ya tenemos el prototipo de la película perfecta. Esta ha de tener: asesinatos, dieciocho coma veinticinco; explosiones, dos coma quince; escenas de cama o sexo, seis coma siete; violaciones, cero coma nueve, y actos contra la seguridad ciudadana, cinco coma ocho.

PEPE. Y con los decimales, ¿qué hacemos? ¿Cómo se puede representar un cuarto de asesinato?

GUILLERMO. Hombre Pepe no seas burro, que para eso está el redondeo. En los tres primeros guiones ponemos dieciocho asesinatos y en el cuarto habrá diecinueve, así la media será perfecta.

PEPE. De todas formas, no me parece muy correcto englobar todos los muertos en la categoría de asesinatos.

GUILLERMO. Aquí están incluidos todos aquellos que murieron en circunstancias no deseadas para la víctima: asesinatos con premeditación y alevosía, ho-

micidios en primer grado, muertos en defensa propia, ajuste de cuentas y ejecuciones. Ahora imagínate que debemos juzgar cada una de las trescientas y pico muertes, creo que nunca conseguiríamos ponernos de acuerdo a la hora de dictar un veredicto.

PEPE. Llevas razón, nuestra misión no es juzgar los motivos desencadenantes de toda la violencia que inunda los cines.

GUILLERMO. Ya tenemos las situaciones. Nos faltan los protagonistas y temas de las películas. ¿Qué datos tenemos sobre eso?

PEPE. Cuatro de las películas las protagonizan abogados cabrones que de repente se vuelven honestos. Esa transformación suele coincidir con la aparición de un portento de mujer en su vida.

GUILLERMO. ¡Y qué portentos!

PEPE. Dos tratan de policías buenos que se vuelven cabrones. En estos casos están influenciados por la presencia de una mujer fatal que les conduce por el mal camino.

GUILLERMO. Te aseguro que con esas mujeres,

por muy fatales que sean, no me hubiera importado dejarme arrastrar por el mal camino.

PEPE. Me parece que ni tú ni yo tenemos mucho camino que recorrer con ese tipo de mujeres.

GUILLERMO. Eso lo dirás por ti, porque yo con la imaginación avanzó por grandes autopistas.

PEPE. ¿De qué sirven las autopistas cuando no hay un vehículo apropiado? Pero volvamos al trabajo, ya que no estamos desviando del tema.

GUILLERMO. Sigue.

PEPE. También hay tres películas protagonizadas por psiquiatras locos que tienen instintos criminales, y como son muy listos, nunca les pillan. Otras cuatro tratan sobre locas pasiones de los protagonistas. Estas son las más completas porque tienen de todo: amor, sexo, drogas, violencia y crímenes.

GUILLERMO. Y parece que son las que más éxito tienen entre el público.

PEPE. Sin duda, los cines estaban llenos. Además hay otras dos que cuentan la vida de jóvenes alcohóli-

cos y drogadictos que están todo el tiempo diciendo tacos, pero en las que no pasa nada, aunque tuvieron buenas críticas.

GUILLERMO. Una de las últimas que vi trata de las peripecias de un veterano de guerra que no se sabe si era bueno y la sociedad le ha convertido en malo, o viceversa, el caso es que se carga a todo bicho viviente que se cruza en su camino.

PEPE. Hay otra de un tío que se vuelve loco y se dedica a matar mujeres porque de pequeño no pudo acostarse con su madre.

GUILLERMO. No te olvides de la del bebé psicópata que se apodera del cerebro de sus padres, y acaba convirtiéndolos en unos criminales salvajes para saciar la necesidad de sangre de la criatura.

PEPE. Es verdad, y menudo taquillazo que ha hecho.

GUILLERMO. También tenemos la del policía al que sus jefes castigan por indisciplina, pero él se rebela contra su destino y, luchando en solitario, consigue evitar la tercera guerra mundial. Creo que con esta

las tenemos todas.

PEPE. Me parece que nos falta alguna.

GUILLERMO. No recuerdo ninguna más.

PEPE. Ya está, aquella que vi al principio, la que trataba de un hombre que descubre el mecanismo de la felicidad.

GUILLERMO. Pero esa no podemos tenerla en cuenta, fue un desastre. Duró menos de una semana en la cartelera.

PEPE. Es cierto, solo estábamos tres en la sala. No nos podemos arriesgar a que nuestra primera película sea un fracaso que nos cierre para siempre la barrera del éxito.

GUILLERMO. Ya lo tenemos todo, ahora es el momento de comenzar a trabajar en nuestra propia historia.

PEPE. Qué bien suena eso. Nuestra propia historia. ¿Te das cuenta de que se tratará del legado que dejemos a la humanidad? Nuestra memoria no se perderá y puede que en el futuro seamos recordados.

GUILLERMO. ¿No vas muy rápido? Todavía no hemos escrito una sola palabra y ya quieres que salgamos en los libros.

PEPE. Tener ilusión no es malo.

GUILLERMO. No, no es malo, pero yo prefiero tener ilusión por el día a día. El único futuro que veo está a dos metros bajo tierra, y eso no resulta muy alentador cuando queda tanto por hacer.

PEPE. Sólo pretendía tener un aliciente para que no nos falte el ánimo cuando aparezcan las dudas al escribir.

GUILLERMO. Si es por eso, se agradece. Pero vamos con lo que nos ocupa. ¿Sobre qué tema harías tú el guión?

PEPE. Yo soy partidario de hacer una película de amor y locas pasiones antes que una de esas salvajadas con mucha sangre, aunque, por supuesto, incluyendo la dosis de violencia necesaria para que la película tenga éxito.

GUILLERMO. Por esta vez estoy de acuerdo contigo. Hagamos un guión que trate de locas pasiones,

considero que es un tema muy interesante y nos puede dar mucho juego si lo sabemos tratar adecuadamente.

PEPE. ¿Cómo crees que podríamos comenzar?

GUILLERMO. Supongo que para empezar necesitaremos un hombre y una mujer que la protagonicen.

PEPE. Yo creo que sí, al menos no entiendo mucho de pasiones en las que solo intervienen hombres.

GUILLERMO. ¿No estarás insinuando algo con eso?

PEPE. ¡Pero hombre Guillermo! No seas suspicaz, yo nunca he sospechado de tus gustos.

GUILLERMO. Ya, pero el tono en que lo has dicho no me ha gustado.

PEPE. Lo siento, no pretendía ofenderte.

GUILLERMO. Está bien, acepto tus disculpas. Propongo que el protagonista se llame Jimmy y la chica, Linda.

PEPE. Yo me imagino a Linda alta, rubia, de unos

treinta años, y siempre llevaría unos vestidos muy ajustados, llenos de aberturas estratégicamente colocadas.

GUILLERMO. Yo, sin embargo, preferiría que Linda fuera muy morena, siempre me han gustado más las morenas. Me parece que son más apasionadas. Tendría el pelo negro, sonrisa seductora, un busto prominente, piernas largas y un insinuante movimiento de caderas al caminar.

PEPE. Sugiero, para no eternizar la discusión, que Linda sea pelirroja y tenga los ojos verdes.

GUILLERMO. Mientras mantenga todo lo demás me parece bien. Y a Jimmy, ¿cómo lo imaginas?

PEPE. Sería uno de esos tipos duros que tanto fascinan a las mujeres. Podría ser George Clooney, a mi nieta le gusta mucho. Tiene una foto suya en la pared de su habitación.

GUILLERMO. ¿Crees que él querría protagonizar la película?

PEPE. Sería cuestión de proponérselo, puede que le guste. Con esta gente nunca se sabe, pero antes tenemos que terminar el guión para poder mandárselo.

GUILLERMO. ¿Sabrá leer en español?

PEPE. Por eso no te preocupes, aquello es otro mundo y están muy bien organizados. Creo que hasta tienen máquinas que traducen automáticamente todo lo que les llega.

GUILLERMO. Con los americanos nunca me aclaro. Tienen todo tipo de avances tecnológicos, pero si te fijas en ellos cuando salen en los reportajes de la tele, parecen más paletos que el rabillo de una boina.

PEPE. Me temo que ese es el precio del futuro. Cuanto más sepan las máquinas, más tonto se volverá el hombre.

GUILLERMO. Por fortuna para nosotros, no creo que veamos ese futuro tan maravilloso. Volvamos al presente que parece prometedor, ahora tenemos que saber a qué se dedican Jimmy y Linda.

PEPE. El podría ser funcionario de la administración y ella secretaria.

GUILLERMO. Pero qué poca imaginación tienes, funcionario y secretaria, y te habrás quedado tan a gusto. ¿Tú crees que de eso podemos sacar una his-

toria sobre locas pasiones que resulte atractiva a la hora de llevarla al cine?

PEPE. Comprende que lo he dicho porque al tratarse de la profesión sobre la que más entendemos, tendríamos un amplio repertorio de posibilidades donde elegir.

GUILLERMO. Olvidémonos de eso. Yo a Jimmy le veo como un artista próximo a los cuarenta años, un auténtico bohemio de vida errática, pero a la vez es un tipo enigmático, uno de esos que atraen tanto a las mujeres. Linda sería la esposa de su mejor amigo. Ella se encuentra en medio de dos hombres muy diferentes: un marido al que quiere, y un hombre al que desea, lo que directamente nos llevaría a una situación de locas pasiones.

PEPE. (Cambiando el tono.) ¿Alguna vez me pusiste los cuernos con mi mujer?

GUILLERMO. ¡Pero a cuento de qué viene eso ahora! Elvira murió hace más de veinte años.

PEPE. Al decir eso de que el artista se lía con la mujer de su mejor amigo, he recordado que durante

una época venías muy a menudo a casa y te llevabas muy bien con Elvira, incluso creo recordar que una vez hiciste un dibujo de ella.

GUILLERMO. Claro que me llevaba muy bien con ella. ¿Por qué me iba a llevar mal? Era la mujer de mi mejor amigo, pero eso no significa que tuviera ningún lío con ella. Y en cuanto a lo del dibujo, te recuerdo que fue para un trabajo escolar de tu querido hijo. Y puesto que él estaba con gripe y tus cualidades artísticas eran nulas, me pediste que le hiciera un retrato de su madre a la criatura. Considero que en adelante será mejor que nos dejemos de suspicacias si queremos escribir un guión.

PEPE. Lo siento, no entiendo por qué me ha ocurrido esto. Te juro que nunca había sospechado de ti.

GUILLERMO. Ten en cuenta que hemos iniciado un proceso creativo, lo que los artistas llaman catarsis. Al escribir tenemos que dar rienda suelta a nuestra imaginación y a los sentimientos más profundos, pero eso no significa que lo que contemos en el guión tenga que ver con nuestras vidas.

PEPE. Propongo que el marido de Linda sea ins-

pector de policía. Eso nos serviría ayuda a la hora de escribir la dosis de crímenes necesarios para nuestra historia.

GUILLERMO. Esa es una buena idea que tenemos que desarrollar en profundidad. Por hoy ya contamos con Jimmy, con Linda y con el marido policía, mañana continuaremos profundizando en las peculiaridades de nuestros personajes.

PEPE. Mañana es sábado y nos toca ir a pescar con la gente de la peña.

GUILLERMO. Es cierto, nos vendrá bien tener más tiempo para dar vía libre a la imaginación.

PEPE. (Mirando la máquina de escribir). Me preocupa la vieja máquina.

GUILLERMO. ¿Qué le pasa? Siempre ha funcionado bien.

PEPE. No es por su funcionamiento, pero al carecer de experiencia como escritores es posible que tengamos que corregir a menudo, y perderíamos mucho tiempo teniendo que pasar continuamente los folios a limpio.

GUILLERMO. No te falta razón, pero nunca me he entendido bien con los ordenadores y no sé si es una inversión que por ahora debemos afrontar, aparte de que me da miedo de que se pueda borrar toda la información, como ya nos pasó en la oficina.

PEPE. Se me acaba de ocurrir una idea que puede simplificarlo todo.

GUILLERMO. ¿Qué has pensado?

PEPE. Voy a llamar a mi nieta.

Saca el móvil y llama.

PEPE. Hola, Elena, te llamo porque quería comentarte algo...

Si no recuerdo mal, querías comprarte un nuevo ordenador portátil...

Sí, ya sé que tu padre no te presta el dinero que te falta...

Qué me vas a decir que no sepa, si lo conozco como si lo hubiera parido. ¿Y qué le pasa al otro portátil?

Y aparte de ser muy antiguo y no poder utilizarlo

con ciertos programas de arquitectura, ¿se puede escribir con él?

¿Y se le puede acoplar un teclado normal? Es que yo necesito las teclas más grandes...

¿Qué te parecería si te lo compro por el dinero que te falta para el nuevo?

Tú por eso no te preocupes, ya se me ocurrirá la manera de utilizarlo...

Pero me tienes que enseñar a manejarlo esta noche. (Apaga el teléfono.)

¡Qué cielo de nieta tengo!

GUILLERMO. En eso tengo que darte la razón. Desde luego no sé a quién se parece.

PEPE. Ha sacado la belleza de su abuela y mi inteligencia.

GUILLERMO. Justo lo que yo estaba pensando.

Oscuro.

CUARTA ESCENA

Entra Guillermo hojeando un libro y se sienta en un sillón a leer.

Llega Pepe con el ordenador portátil y con el teclado.

PEPE. Aquí está la herramienta que nos convertirá en genios.

GUILLERMO. ¿Sabes cómo se maneja?

PEPE. Elena me ha enseñado y es bastante fácil. No se parece en nada a los primeros armatostes que llevaron a la oficina. Además, me ha dado un cacharrillo que es muy útil y que sirve para guardar lo que escribamos y llevarlo a su ordenador para que ella lo pueda imprimir. Mira lo pequeño que es. (Le enseña un pen drive).

GUILLERMO. ¿Cabrán ahí todo lo que escribamos?

PEPE. Más de cien libros.

GUILLERMO. Hablando de libros. Mira lo que me compré ayer en el rastrillo de libros del barrio.

PEPE. (Leyendo.) Técnica del guión cinematográfico.

GUILLERMO. Por detrás dice que la mayoría de los guionistas americanos han aprendido lo que saben leyendo este libro.

PEPE. Entonces todos escribirán igual.

GUILLERMO. Yo creo que en nuestra situación no debemos subestimar ninguna información que pueda enriquecer el guión. Es conveniente poder contrastar pareceres con otros profesionales del medio. Anoche leí un capítulo.

PEPE. ¿Dice algo que pueda sernos de interés?

GUILLERMO. Aún es pronto para saberlo. Según el libro, escribir guiones es mucho más complicado de lo que creemos. No basta con escribir palabras que describan las cosas que pasan, dice que se trata de un proceso tremendamente complejo que requiere de una preparación exhaustiva.

PEPE. ¿Qué hay que escribir entonces?

GUILLERMO. El autor del libro dice que un guión

ha de tener: un planteamiento, un desarrollo y un clímax, pero no solamente eso; además tiene que contar con varios puntos de giro, impulsos, reveses y barreras.

PEPE. ¡No me jodas! Pero todo eso qué es.

GUILLERMO. Te juro que no lo sé, aunque para los americanos se trata de algo muy importante. Ellos no empiezan a escribir hasta que no tienen claro el reparto que van a hacer de todos esos elementos.

PEPE. Yo no he visto nada de eso en las películas que hemos estudiado.

GUILLERMO. Supongo que se tratará de algo intrínseco de los guiones. Imagino que solo los auténticos guionistas lo pueden percibir, y nuestras mentes no han sido capaces de captar todos esos detalles subliminales. Sobre todo, en lo que más insiste es en los puntos de giro, incluso te dice en qué páginas hay que situarlos.

Los dos se miran en silencio.

PEPE. A mí que no me vengan los americanos con sus gilipolleces. Cuando Cervantes escribía, ellos es-

taban haciendo el indio, y seguro que no hay un solo punto de giro en todo el Quijote. Solo hay palabras, y muy bien escritas por cierto.

GUILLERMO. Pero Cervantes no escribió ni un solo guión.

PEPE. Es lo mismo, escribía historias que le pasaban a la gente, y eso es lo que hacemos nosotros. Da igual si esas historias se transforman en novelas, obras de teatro o películas.

GUILLERMO. Ya no sé qué pensar. Ese libro tiene mucho prestigio. En las universidades lo consideran un instrumento de formación muy importante para todos los que se inician en la profesión.

PEPE. Pienso que debemos olvidarnos del libro y escribir lo que nos dé la gana, y una vez que lo hayamos terminado, si es estrictamente necesario, le colocamos unos cuantos puntos de giro, barreras y todo lo que haga falta, siempre y cuando no nos descojonen la historia que queremos contar.

GUILLERMO. Sí señor, creo que me estaba calentando demasiado la cabeza con el libro.

PEPE. Aparte de esas tonterías de los giros, barre-ras y del clímax, ¿se te ha ocurrido algo interesante para nuestro guión?

GUILLERMO. No he dejado de pensar en ello. ¿Tú sabes algo sobre locas pasiones?

PEPE. No estoy seguro. ¿Por qué me lo preguntas?

GUILLERMO. Porque es de lo que trata nuestro guión, y como tú has estado casado, pensaba que tus conocimientos sobre el tema estarían mucho más desarrollados que los míos.

PEPE. Hombre, yo quería mucho a Elvira, pero a mí me parece que las locas pasiones no están muy relacionadas con el matrimonio. Yo creía que tú estarías más informado, ya que todas tus relaciones han sido extramatrimoniales.

GUILLERMO. Hace demasiado tiempo que no voy con mujeres, y cuando lo hacía era pagando, que conste; eso sí, puedo decir que nunca engañé a una mujer. Siempre pagué el precio estipulado por sus servicios.

PEPE. De eso no me cabe la menor duda. Seguro

que pedías la factura con el IVA desglosado.

GUILLERMO. Entonces no existía el IVA.

PEPE. Eso que te ahorrabas.

GUILLERMO. Basta de guasa.

PEPE. No se trata de guasa, sino de información sobre nuestra amplia experiencia en locas pasiones.

GUILLERMO. De todas formas, contamos con algo muy importante. La imaginación es una gran fuente de inspiración para crear un mundo de locas pasiones, e imaginación es algo que nunca me ha faltado.

PEPE. Eso es cierto. Yo con la imaginación también he tenido algunas aventuras. Supongo que le podremos sacar algún partido.

GUILLERMO. Creo que además de nuestras propias ocurrencias, también será importante toda la información que podamos recabar sobre este tema.

PEPE. ¿Dónde crees que la podríamos conseguir?

GUILLERMO. Supongo que en la calle observando a la gente.

PEPE. ¿Tú crees que la gente nos dejará que contemplemos todo lo que hacen mientras se desata su pasión?

GUILLERMO. Pero Pepe, ¡qué bruto eres! Habrá que andar con cuidado, procurando en todo momento no levantar sospechas. Tendremos que movernos como los espías, con sigilo para ver sin que nos vean.

Guillermo se levanta con el libro en la mano mientras Pepe termina de preparar el ordenador y le coloca el teclado.

GUILLERMO. Aquí dice algo importante.

PEPE. Espero que esta vez sea verdad.

GUILLERMO. Habla de la extensión del guión y de cómo se redacta. Dice que ha de tener alrededor de ciento veinte páginas.

PEPE. ¿Tantas?

GUILLERMO. Pero no hay que escribirlo todo seguido como en las novelas. Se utiliza un formato determinado y se desaprovecha mucho papel. Cuando la acción cambia de escenario se llama secuencia, y

un guión se compone de un número determinado de secuencias.

PEPE. ¿Cuántas?

GUILLERMO. No pone la cantidad exacta, puede ser entre cincuenta y cien, dependiendo de la duración de cada una.

PEPE. ¿Dice cómo se escribe una secuencia?

GUILLERMO. Lo primero es indicar si es de día o de noche, y si está en interior o exterior. Dice que esto es muy importante para que el director de fotografía sepa cómo iluminar.

PEPE. ¿Quién es el director de fotografía?

GUILLERMO. Será el que maneje la cámara, pero eso a nosotros nos da igual.

PEPE. Te das cuenta de la cantidad de gente que depende de lo que escribamos. Podemos crear distintos personajes y hacer con ellos lo que queramos, y cuando nos cansemos, los matamos. También podemos elegir los lugares donde se desarrollen las secuencias: en el mar, en la montaña, en el polo, en la edad

media o en una nave espacial. Nuestras posibilidades son infinitas; pero imagínate a todos los demás que intervienen en una película, no pueden hacer nada sin un guión, necesitan nuestras ideas para trabajar.

GUILLERMO. Pues sí que somos importantes, no había pensado en la inmensa responsabilidad que se nos viene encima.

PEPE. Será mejor que por ahora no nos demos demasiada importancia, un exceso de responsabilidad podría ser muy perjudicial para nuestra carrera. Continúa leyendo lo que se escribe en una secuencia.

GUILLERMO Después se pone el lugar donde se desarrolla la acción y lo que pasa en ella: se cuenta lo que hacen los personajes y se escriben los diálogos. Nunca se dice lo que piensan, aquí pone un ejemplo.

PEPE. (Echando un vistazo). Mira por donde eso me parece mucho más interesante que lo otro que me dijiste.

GUILLERMO. También dice que no hay que enrollarse demasiado con las descripciones de los elementos complementarios de la secuencia, lo más im-

portante son los diálogos.

PEPE. ¿Y qué es enrollarse demasiado?

GUILLERMO. Te voy a poner un ejemplo relacionado con nuestro guión. Imagínate que una escena se desarrolla en el salón de la casa. Jimmy y Linda se encuentran allí. Supongo que enrollarse mucho sería escribir que Jimmy se encuentra sentado en un sofá tapizado en cuero negro que tiene unos cojines de ganchillo, tejidos por la madre de una chica que fue su amante, y que se los regaló el día de la petición de mano. Mientras tanto, Linda que lleva puesto un vestido azul turquesa, a juego con el bolso que le regaló su marido en su quinto aniversario, contempla en un cuadro, que tiene un marco negro con ribetes dorados, una pintura abstracta que representa un desnudo de mujer.

PEPE. ¿Cómo habría que escribirla para que fuera correcta?

GUILLERMO. Yo creo que más o menos así: Jimmy permanece sentado en el sofá y observa con atención a Linda. Ella está examinando un cuadro que representa a una mujer desnuda. Linda dice: «¿Esa mujer posó

desnuda para ti?» Jimmy le contesta lacónicamente: «Necesito contemplar a mis modelos para poderlas pintar.» Linda le pregunta: «¿Y te limitas solamente a mirarlas cuando posan?» Jimmy, entonces, se acerca a ella y al tiempo que la mira fijamente a los ojos le dice: «Nunca he sido un ángel muñeca, pero mientras esa mujer está en un cuadro, tú estás aquí.»

PEPE. Oye eso es cojonudo. ¿Se te ha ocurrido ahora mismo?

GUILLERMO. Sí, supongo que sí, aunque puede que me haya pasado muchos años esperando la ocasión de decírselo a una mujer.

PEPE. Repítelo para que lo pueda escribir en nuestro guión.

Pepe comienza a teclear mientras se hace el oscuro.

QUINTA ESCENA

Guillermo está con el ordenador cuando entra Pepe.

PEPE. ¿Estás escribiendo sin mí?

GUILLERMO. No, estoy haciendo solitarios. Con el ordenador es muy cómodo, no tienes que recoger las cartas ni barajar. Aunque todavía no he conseguido completar ninguno.

PEPE. Dicen que los juegos del ordenador crean adicción y te joden la vista.

GUILLERMO. Entonces que le den por sacos.

PEPE. Y aparte de jugar con el ordenador, ¿te encuentras animado para seguir trabajando?

GUILLERMO. La verdad es que aunque sigo con los achaques que te recuerdan lo frágil que eres, les doy menos importancia que antes. Uno se puede acostumbrar a las molestias si no se pasa el tiempo pensando en lo que te duele. Y no he vuelto a pensar en las residencias ni en las asistentas sociales.

PEPE. Vamos por buen camino muchacho.

GUILLERMO. Y que lo digas. Creo que tengo solucionada una de las escenas de pasión.

PEPE. Cuéntala y la voy escribiendo.

GUILLERMO. (Coge su cuaderno y lo mira mientras pasea por la habitación). Jimmy regresa a su casa. Cuando llega al portal, abre el buzón y saca la correspondencia. Mira las cartas y se da cuenta de que una no es para él, es para su amigo Ronald, el marido de Linda.

PEPE. Un momento, ¿por qué se tiene que llamar Ronald?

GUILLERMO. Me parece un buen nombre para un policía. ¿Se te ocurre alguno mejor?

PEPE. El nombre puede que valga, pero hay algo más grave. ¿Por qué le ha llegado a Jimmy una carta que iba dirigida a su amigo?

GUILLERMO. Porque son vecinos, viven en el mismo bloque y el cartero se equivocó al echarla al buzón. No veo qué tiene de extraño.

PEPE. Podría haber un problema con eso.

GUILLERMO. ¿Qué problema?

PEPE. Los funcionarios de correos podrían protestar. Estamos acusándolos de haber cometido una negligencia en el reparto de la correspondencia, y ese es un tema muy grave que puede tener severas consecuencias.

GUILLERMO. Pero Pepe, si todo lo que pasara en las películas fuera correcto, serían más aburridas que nuestras vidas. Además, todos sabemos que los carteros también cometen errores.

PEPE. Es posible que se equivoquen, y si te empeñas, escribimos la secuencia como quieres, pero que conste que yo te he avisado. Si los carteros se enfadan, yo no quiero saber nada.

GUILLERMO. Asumo toda la responsabilidad sobre el error en el reparto de la carta, pero te advierto que como sigamos así de meticulosos, necesitaremos tres vidas para poder escribir la mitad del guión.

PEPE. Puedes continuar con la secuencia, no te interrumpo más.

GUILLERMO. Jimmy decide entregarle la carta a

su amigo. Se dirige a su casa, llama a la puerta y, después de esperar un rato, se abre. Aparece Linda, va tapada con un albornoz y tiene el pelo mojado porque estaba duchándose. ¿Comprendes?

PEPE. ¿Albornoz cómo se escribe?

GUILLERMO. Con be y con zeta me parece.

PEPE. ¿Lleva hache?

GUILLERMO. No, creo que no. Mejor quítale el albornoz y ponle una bata. Y procura escribir un poco más rápido.

PEPE. Voy todo lo deprisa que puedo. ¿Qué pasa después?

GUILLERMO. Cuando Jimmy le muestra la carta, ella le dice que Ronald no está en casa y le pide que pase al salón.

PEPE. ¿Por qué pasa al salón si no está Ronald?

GUILLERMO. ¡Cállate de una vez y déjame terminar!

PEPE. No es necesario que te pongas así. ¿Qué

hace ella cuando él pasa al salón?

GUILLERMO. Le dice que la espere un momento. Jimmy entra en el salón, no se sienta, camina nervioso, la visión de esa hermosa mujer, casi desnuda, le ha turbado.

PEPE. Normal, si nos pasara a nosotros estaríamos temblando.

GUILLERMO. Después de un momento de espera aparece Linda, está guapísima. Va vestida con una enagua muy corta, y al encontrarse frente a frente se miran con concupiscencia.

Pepe deja de escribir y lo mira muy serio.

PEPE. Pero Guillermo, ¿en qué mundo vives? Las mujeres jóvenes hace años que no usan enaguas. Yo creo que Linda debería llevar un body casi transparente que realce su espléndido cuerpo. Y en cuanto a lo de la concupiscencia, ahí te has pasao. Hace mucho tiempo que no oía esa palabra. Me recuerda cuando era niño y me quedaba mirando el escaparate de la pastelería que había junto a la iglesia. Mis padres nunca quisieron comprarme un pastel, decían que yo tenía

concupiscencia.

GUILLERMO. Quizás lleves razón, pero que conste que he buscado la palabra en el diccionario y significa literalmente: apetito desordenado de placeres deshonestos.

PEPE. Si la palabra puede ser correcta, pero ahora se utilizan otras expresiones más modernas, como lujuria o lascivia. Creo que también se podría decir que sienten un instinto básico.

GUILLERMO. Entonces será mejor que se miren lujuriosamente, porque lo del instinto básico me parece una gilipollez.

Guillermo se quedó pensativo antes de continuar con la secuencia.

GUILLERMO. Oye Pepe, ¿qué es un body?

PEPE. Es una prenda que usan las mujeres jóvenes, tiene una forma muy parecida a un bañador, pero con la particularidad de que se abre por debajo.

GUILLERMO. Muy interesante. ¿Y tú cómo estás tan enterado?

PEPE. Hombre, no olvides que tengo una nieta y he visto su ropa en el tendedero cuando la lava.

GUILLERMO. Bueno, ya tenemos a Linda en body y a Jimmy mirándola con lujuria. Ahora se supone que deberían hacer algo. Con tantas interrupciones me he quedado en blanco.

PEPE. Lo tengo. Jimmy se abalanza sobre Linda, ella no ofrece resistencia, se besan con pasión mientras él con sus manos desgarró el body.

GUILLERMO. Eso está muy bien. Después él la coge con sus fuertes brazos y la lleva al dormitorio, donde la lanza sobre la cama. Ella comienza a desnudarlo y Jimmy se echa encima de ella.

PEPE. Entonces aparece el marido y los descubre in fraganti en el lugar de los hechos. Al verlos revolcarse sobre su propia cama se siente encolerizado y pierde el control de sus actos. Entonces saca la pistola y los acribilla a tiros.

GUILLERMO. Cojonudo tío, y te habrás quedado tan ancho. El marido se los carga y nosotros tendremos la película más corta de la historia del cine. No te

das cuenta de que no podemos matar a los protagonistas en la primera secuencia. Ese es el primer mandamiento de todo guión.

PEPE. Perdona, con la emoción me he acalorado. ¿Qué hacemos entonces con el marido?

GUILLERMO. Pues dejarlo tranquilo en su trabajo. Ronald está muy ocupado deteniendo a todo tipo de malhechores y asesinos, no le da tiempo para ocuparse de su mujer. Ten en cuenta que antes de que acabe la película tiene que resolver quince asesinatos, matar a dos psicópatas y salvar al niño que ha sido secuestrado por los terroristas, como has escrito en tu cuaderno.

PEPE. Pobre hombre, y encima nosotros hacemos que su mujer le ponga los cuernos con su mejor amigo.

GUILLERMO. Un escritor no puede sentir compasión por sus personajes. Ha de tomar decisiones que pueden ser muy dolorosas.

PEPE. Tengo remordimiento de conciencia con Ronald. Al menos deberíamos darle una medalla al

mérito policial.

GUILLERMO. Ya veremos si lo pide el guión. Quizás podría haber una explosión en la que él se quedara paralítico. Ese sería un buen motivo para darle la medalla al mérito policial.

PEPE. ¿Qué te ha hecho a ti ese pobre hombre para que te ensañes tan salvajemente con él?

GUILLERMO. A mí nada, pero al público le gusta ver sufrir a los protagonistas. Ya lo has visto en los cines, la gente se divierte si ve que a alguien le cortan un brazo con una sierra eléctrica.

PEPE. Una cosa es sufrir, pero ese tipo es todo un pupas, sólo le falta que le hagan una inspección de hacienda.

GUILLERMO. Ya veremos qué se puede hacer con Ronald, lo estudiaremos a su debido tiempo. Todavía es muy pronto para determinar cuál va a ser el final de nuestros protagonistas.

PEPE. Anoche estuve hablando con Elena para ver si le sonsacaba algo sobre los sitios donde se desatan las locas pasiones.

GUILLERMO. ¿Qué pasó?

PEPE. Que estuve a punto de echarlo todo a perder.

GUILLERMO. Conociéndote no me extraña. Cuéntame los detalles.

PEPE. Comprende que no es fácil hablar de ciertos temas con una nieta. Vi que estaba estudiando en su habitación y pasé. Como no sabía cómo sacar el tema, le pregunté directamente si los lugares donde se reúnen los jóvenes por la noche son antros de perversión.

GUILLERMO. ¿Qué te dijo ella?

PEPE. Se me quedó mirando con los ojos como un búho y me preguntó si me ocurría algo.

GUILLERMO. Es que eres muy bruto. Ciertos temas contundentes hay que tratarlos con mucha delicadeza. ¿Qué hiciste?

PEPE. Me quedé bloqueado y como no quería seguir metiendo la pata no tuve más remedio que contarle el trabajo que estamos haciendo.

GUILLERMO. ¿Cómo reaccionó?

PEPE. Le cambió la mirada y me dio un abrazo. Dijo que estaba orgullosa de tener un abuelo guionista, y que podemos contar con ella para todo lo que necesitemos.

GUILLERMO. ¿Mantendrá el secreto?

PEPE. Claro que lo mantendrá, ella es legal.

GUILLERMO. No te la mereces.

PEPE. Algo habré hecho para que me quiera. Y hay algo más.

GUILLERMO. ¿Qué más?

PEPE. Me ha dicho que podemos ir con ella y sus amigos a la discoteca para que podamos sacar nuestras propias conclusiones sobre esos lugares enigmáticos llenos de vicio y depravación, aunque ella no los considera tan peligrosos.

GUILLERMO. ¿Nos dejarán pasar?

PEPE. Ya se lo he preguntado. Me dicho que se prohíbe la entrada a los menores de dieciocho años,

pero en cuanto a la edad máxima dice que no hay límite.

GUILLERMO. ¿Cómo crees que reaccionará tu viejo cuando sepa que te vas con su hija a la discoteca?

PEPE. Supongo que no le gustará, pero se tendrá que aguantar.

GUILLERMO. ¿Estás seguro de que podrás dominar la situación?

PEPE. Creo que ya va siendo hora de que le explique ciertas cosas. Claro que hubiera sido más fácil hacerlo cuando él tenía quince años y no cuando ha cumplido los cincuenta, pero yo entonces no sabía las palabras necesarias.

GUILLERMO. ¿Cuáles son esas palabras?

PEPE. Que ser un hombre responsable no tiene nada que ver con tener miedo de todo y volverse represor con tu propia familia.

GUILLERMO. (Orgullosa.) Has cambiado Pepe. El hombre que veo ahora no tiene nada que ver con el

muchacho de la foto que está desfilando con el uniforme de la falange en la procesión de Corpus.

PEPE. Soy más viejo.

GUILLERMO. Más que eso, mucho más que eso.

PEPE. No te pongas romántico que me vas a emocionar. Te prefiero cuando eres quisquilloso y un tanto borde.

GUILLERMO. Está bien, para una vez que mereces un halago.

Oscuro.

SEXTA ESCENA

Guillermo está tumbado en el sofá cuando entra Pepe con paso renqueante y enciende el ordenador. Guillermo se despierta.

GUILLERMO. Perdona, me había dormido. Ayer pasé todo el día con un dolor de cabeza terrible, aunque parece que ya se me ha pasado.

PEPE. ¡Qué me vas a decir! Yo creo que no había tenido una resaca igual en toda mi vida.

GUILLERMO. Cuando se es joven se tiene más aguante y uno se recupera mejor de los excesos.

PEPE. Supongo que también influye.

GUILLERMO. Claro que mientras me dolía la cabeza se me olvidaron el resto de los achaques.

PEPE. Eso es cierto, y es un alivio cuando el dolor llega como consecuencia de algo que se ha hecho mal, y no por la mera cuestión de ser un anciano.

GUILLERMO. ¿Cómo reaccionó tu viejo cuando te vio?

PEPE. Nos estaba esperando.

GUILLERMO. ¿Cómo?

PEPE. A las cinco y media nos estaba esperando en el salón con el batín puesto. Quería que le diera explicaciones por mi actitud irresponsable.

GUILLERMO. ¿Qué le dijiste?

PEPE. Que hablaríamos de lo que quisiera cuando durmiera la borrachera y estuviera en condiciones de hablar, y que a mi edad no le doy explicaciones ni a mi padre.

GUILLERMO. A tu viejo le hacen falta unas cuantas dosis de discoteca para que se descerebre un poquito.

PEPE. Eso mismo piensan mi nuera y mi nieta, pero a su edad es difícil que cambie.

GUILLERMO. Joder, más tarde lo has hecho tú y eso que eras más antiguo que el yugo y la flechas.

PEPE. Lo dices como si tú hubieras inventado la revolución bolchevique... Por cierto, y cambiando de tema, cuando la muchacha quiso que salieras a bailar,

me parece que le dijiste que no podías debido a un accidente en el Himalaya. Y yo que pensaba que lo más alto que habías subido era a Navacerrada y en autobús.

GUILLERMO. Ya, y lo de tu herida de guerra supongo que debió ser en el desembarco de Normandía, cuando llegaste el primero a la playa.

PEPE. Al menos reconocerás que yo me rompí un brazo durante la guerra civil.

GUILLERMO. Sí claro, mientras jugabas al fútbol con los curas en el seminario.

PEPE. Pero lo que yo he dicho se aproxima mucho más a la realidad que tus aventuras en el Himalaya.

GUILLERMO. Vamos a trabajar que no es el momento de andar tocándonos las pelotas con cosas de críos.

PEPE. Será lo mejor ¿Dónde nos habíamos quedado?

GUILLERMO. Hemos llegado a una secuencia importante. Tenemos que contar un asesinato con todo

lujo de detalles. ¿Alguna vez has deseado matar a alguien?

PEPE. Yo no. ¿Por quién me tomas? ¿Acaso tú sí lo has deseado?

GUILLERMO. Sí, una vez.

PEPE. ¿A quién querías matar? ¿No sería a mí para fugarte con Elvira?

GUILLERMO. No, no fue a ti, aunque si sigues con tu obsesión puede que llegue a pensar que no hubiera sido algo descabellado. Se trataba del señor Moraleda.

PEPE. Nunca lo habías comentado. ¿Qué te hizo para que quisieras cargártelo?

GUILLERMO. Fue hace veinticinco años. ¿Te acuerdas del campeonato de pesca de trucha para el que me estuve preparando?

PEPE. Sí, tenías mucha ilusión por participar, pero al final no pudiste acudir.

GUILLERMO. La culpa fue del señor Moraleda, le solicité tres días de permiso, se lo rogué, hasta de

rodillas se lo pedí. Me dijo que era imposible porque había mucho trabajo acumulado y ya había agotado mis vacaciones reglamentarias.

PEPE. ¿Cómo le hubieras matado de haber tenido la oportunidad de hacerlo?

GUILLERMO. Creo que en aquel momento hubiera cogido una cuerda y se la habría puesto en el cuello, apretando hasta que hubiera caído a mis pies. Pero claro, no me atreví.

PEPE. Mira por donde este puede ser un buen momento para vengarse. Podemos hacer que un asesino entre en el edificio de Registro y secuestre al jefe. Este, que se podría llamar Moraleda, es aficionado a la pesca y tiene una caña colgada en la pared. El asesino, después de golpearle con saña, le ata a una silla, se acerca a la caña de pescar y corta un trozo de sedal.

GUILLERMO. (Escribiendo.) Despacio que me cuesta seguirte.

PEPE. Después de coger el sedal, se aproxima al jefe sonriendo sádicamente y juega con el hilo entre

sus dedos. El jefe trata de gritar desesperado, sabe que su final está próximo, pero está amordazado.

GUILLERMO. Un momento, necesitamos un buen móvil para que el asesino quiera matar a ese hombre.

PEPE. Podría ser un antiguo socio del jefe, en el turbio mundo de la especulación inmobiliaria, al que este había traicionado, lo que le supuso pasarse cinco años en chirona.

GUILLERMO. No es un mal motivo para la venganza. Continúa con la narración de los hechos.

PEPE. El asesino le pasa el sedal suavemente por el cuello, lo mueve muy lentamente, como si lo estuviera acariciando. Mientras todo esto se produce, le dice: «Pensarás que no soy justo Peter, tú sólo me has robado cinco años y yo voy a matarte. Es posible que me esté equivocando y que los intereses sean muy altos, pero qué le vamos a hacer, un error lo tiene cualquiera. La vida es muy mala y sé que tú harías lo mismo por mí. Espero que no me guardes rencor, porque eso es pecado y no irías al cielo. Hasta pronto amigo». Cuando termina de hablar comienza a apretar poco a poco. El jefe se retuerce por el dolor, y

finalmente cae muy despacio al suelo con la lengua fuera.

GUILLERMO. Para no haber deseado matar a nadie, es sorprendente lo bien que lo cuentas. El estrangulador de Boston a tu lado sería un aprendiz.

PEPE. Será porque de joven me gustaban las novelas de crímenes.

GUILLERMO. Esta secuencia creo que quedará muy bien en el guión, aunque yo le cambiaría el nombre al jefe, Peter Moraleda no suena bien.

PEPE. Es cierto, podría ser comprometedor. Lo llamaremos Peter Moriarty, creo que es un nombre americano.

GUILLERMO. La secuencia se podría terminar con la llegada de Ronald, que entraría lanzándose con una cuerda contra los cristales de la ventana y se abalaría sobre el criminal. Este consigue evitar el primer golpe y trata de estrangular a Ronald. Tras unos momentos de angustia, porque parece que va a morir, Ronald logra zafarse y se produce una feroz lucha en la que se reparten gran cantidad de golpes. En un

momento de la pelea los dos forcejean en la ventana. Ronald está a punto de caer, pero consigue esquivar un golpe del asesino y este sale despedido por la ventana, que se encuentra en un cuarto piso, y muere.

PEPE. Mejor que caiga de un décimo piso. Desde el cuarto hay alguna posibilidad de que se salve, pero del décimo te aseguro yo que no lo cuenta.

GUILLERMO. Está bien pondremos el décimo piso, así resultará más impactante el vuelo.

PEPE. Ya tenemos una nueva secuencia.

GUILLERMO. Dos. (Se levanta para coger dos folios que tiene apartados.) Una que has creado tú y otra que he completado yo.

PEPE. ¿Qué es esto?

GUILLERMO. La secuencia que se nos había quedado colgada el otro día, la terminé anoche en la máquina de escribir, en una tregua de la resaca.

PEPE. Te refieres a la secuencia en la que Jimmy es atraído por una mujer fatal, y entonces se da cuenta de que ama a Linda.

GUILLERMO. Sí, he pensado que Jessica, la mujer fatal, sería la directora de una galería de arte, y utilizando sus malas artes trata de conseguir que Jimmy abandone su galería habitual.

PEPE. Déjame que la lea.

GUILLERMO. Podemos leerla juntos para ver cómo queda. Yo soy Jimmy y tú eres Jessica.

PEPE. Preferiría hacer de Jimmy, si no te importa.

GUILLERMO. Está bien, tú serás Jimmy. A mí no me importa hacer de mujer devoradora de hombres, yo no tengo prejuicios.

PEPE. No es por prejuicios. Pienso que tú, al haber desarrollado el personaje de Jessica, conocerás mejor sus matices.

GUILLERMO. Puedes estar seguro de que yo conozco muy bien todos los matices de las vampiresas, por eso he sido inmune a sus encantos, y así me ha ido.

Se aproximan para leer en los folios.

PEPE. Introduce tú la secuencia.

GUILLERMO. «Interior noche, estudio de Jimmy. Jessica y Jimmy están tumbados sobre unas telas. Los dos están desnudos». He pensado que una escena de sexo desarrollada entre los botes de pintura y los cuadros inacabados quedaría muy bien.

PEPE. Es una buena idea. Así sacamos el sexo de su entorno habitual y se produce una mayor sensación de pasión desaforada.

GUILLERMO. La secuencia de sexo, que sería la anterior a esta, la escribiremos aparte.

PEPE. De acuerdo, creo que puedo contribuir a esa secuencia con algunas ideas muy interesantes. Continúa.

GUILLERMO. «Después de hacer el amor, Jimmy se levanta y se acerca a la mesa».

PEPE. ¿Sigue desnudo?

GUILLERMO Sí, pero no se le ve de cuerpo entero, solo del ombligo para arriba. «Coge un cigarrillo, lo enciende y mira a Jessica. Ella lo observa atentamente».

PEPE. Me parece que en las películas de ahora ya no dejan fumar porque es perjudicial para la salud.

GUILLERMO. Para esta secuencia es muy importante que fume. Si escribimos: «Él da una calada a un cigarrillo y se queda pensando», eso da a entender que ha tomado una decisión. Sin embargo, nunca podremos crear un clima de tensión si Jimmy está mascando chicle o bebiendo un refresco light.

PEPE. Eso es cierto, esperemos que la censura sea tolerante y no lo prohíba.

GUILLERMO. Digo yo que un hombre fumando será menos peligroso que un tipo armado hasta los dientes que va acribillando a todo el que se cruza en su camino, y eso nunca lo censuran.

PEPE. Visto así, llevas razón.

GUILLERMO. Continuemos con la secuencia. Ahora es cuando empiezan los diálogos: «¿Qué estás pensando Jimmy?»

PEPE. «He tomado una decisión, no puedo aceptar tu oferta».

GUILLERMO. «¿Por qué?»

PEPE. «Tú eres una mujer muy atractiva y tu galería es una de las grandes, pero no quiero mezclar la pintura con el deseo».

GUILLERMO. «Eso no sería muy inteligente por tu parte. Eres un buen pintor, conmigo podrías llegar muy lejos, pero sin mí, estarías acabado».

PEPE. «Tu oferta sería muy tentadora si creyera que te quiero, pero eso no es cierto. Existe una mujer a la que sí amo, y no pienso dejarla para conseguir un éxito fácil».

GUILLERMO. Jessica se ríe cínicamente. «Pensaba que tú eras distinto a la mayoría de los hombres, pero veo que eres igual de estúpido».

PEPE. «Tienes un problema Jessica. Estás acostumbrada a comprarlo todo, y te has olvidado de que existen otras cosas más importantes».

GUILLERMO. «Todo se puede comprar».

PEPE. «Es posible, pero el dinero es una moneda muy devaluada; la amistad, la lealtad y el amor no se

pueden cambiar por los billetes que tú manejas».

GUILLERMO. Jimmy apaga el cigarrillo contra la pared. Esto es un símbolo para da a entender que la relación se ha terminado, y pasamos a otra secuencia. ¿Qué te parece cómo ha quedado?

PEPE. Me gusta mucho, creo que es francamente buena.

GUILLERMO. Claro que lo es, no somos simples rellenos de folios, somos profesionales del guión cinematográfico.

PEPE. Hay que ver lo bien que suena eso, profesionales del guión cinematográfico. Siempre deseé tener un trabajo del que pudiera presumir. Cuando la gente me decía que era médico, ingeniero o investigador, yo sentía envidia porque eran trabajos que se podían identificar con algo concreto, pero si dices que eres funcionario público no se puede asociar con nada emocionante. Sólo tienes la seguridad de tu puesto y la inmensa carga que supone ser, durante toda tu vida, un funcionario.

GUILLERMO. En eso llevas razón, la seguridad

nos vuelve cómodos y perdemos el interés por demasiadas cosas. Queremos nuestro sueldo a fin de mes, vacaciones pagadas y una buena pensión cuando nos jubilemos.

PEPE. Lo que hubiera presumido yo hace años diciendo que era guionista cinematográfico.

GUILLERMO. Hay una época en que presumir sirve de algo. Ahora solo podemos hacerlo de la cantidad de medicinas que tomamos.

PEPE. Por cierto, mañana tengo que ir al centro de salud a hacerme unos análisis y un electro, y de paso pediré una cita para el podólogo.

GUILLERMO. Yo iré a por recetas, aunque la semana que viene me toca el de reuma y lo que es peor, el urólogo.

PEPE. ¿Por lo de la próstata?

GUILLERMO. A lo del dedito.

PEPE. Eso sí que es una tortura, y no lo que escribimos en nuestro guión.

Oscuro.

SÉPTIMA ESCENA

Entran los dos juntos.

PEPE. ¿Quién le iba a decir a Eusebio que le iba a tocar tan pronto? Dos años después de jubilarse y al hoyo.

GUILLERMO. De nada vale hacer planes de futuro. Se había pasado media vida ahorrando para construirse una casita en el pueblo y ahora no la puede disfrutar.

PEPE. No esperaba que hubiera tan poca gente en el entierro.

GUILLERMO. Es un día laborable y la gente trabaja. Es más cómodo acudir al tanatorio para dar el pésame a los familiares antes que ir a la misa o al cementerio.

PEPE. Cuando eres un crío, las reuniones de amigos se hacen en las escuelas, luego son en el instituto, después en la iglesia, en el trabajo, en los bares, pero de golpe y sin que te des cuenta, pasan a ser en las salas de espera de los hospitales; y, por último, nos vemos en los tanatorios para lamentar la marcha de

los que se van yendo.

GUILLERMO. Es ley de vida, aunque mientras sean otros los protagonistas de la fiesta no nos podemos quejar. No queda más remedio que sumar los familiares y amigos que se van muriendo.

PEPE. Yo voy restando los que faltan para que me toque y ya estoy muy cerca del cero.

GUILLERMO. No me importaría que se me pasara el turno, aunque prefiero una muerte rápida antes que pasar mucho tiempo consumiéndome en una cama. Eso no lo podría soportar, antes prefiero la eutanasia.

PEPE. ¿Has pensando en qué vas a hacer cuando yo me muera?

GUILLERMO. ¿Por qué te habrías de morir tú antes? Yo soy más viejo.

PEPE. No lo sé, pero me gustaría saber cómo ibas a reaccionar si se diera el caso.

GUILLERMO. Es algo que nunca he querido plantearme.

PEPE. Algo se te habrá ocurrido.

GUILLERMO. Pues ya que lo dices, puede que me tire desde lo alto de un puente por el sufrimiento que padezca o puede que me dé una subida de azúcar que me deje tieso. También puede que me dé por resignarme a mi condición de viejo y me vaya a la residencia de ancianos para consumirme lentamente. No sé lo que haré porque seguramente serás tú el que tengas que planteártelo, aunque no tengo interés en saber lo que vas a hacer porque no me va a servir para morir más contento.

PEPE. ¿Has hecho testamento?

GUILLERMO. Todavía no. Lo he pensado varias veces, pero me da reparo acudir al notario. En realidad, solamente tengo este piso y unos ahorrillos.

PEPE. Este piso ya cuesta una pasta.

GUILLERMO. Hace treinta y cinco años esto era un descampado. Recuerdo que entonces decías que iba a perder dinero con la compra.

PEPE. Eso parecía. En aquellos tiempos no se podía prever el boom inmobiliario.

GUILLERMO. No sé a quién dejarlo.

PEPE. A cualquiera antes que a hacienda.

GUILLERMO. Alguna vez he pensado en dejártelo, pero creo que no lo ibas a disfrutar. No tengo ningún familiar cercano, y los lejanos prefiero que sigan muy lejos. Últimamente estoy pensando en dejárselo a Elena.

PEPE. ¿A mi nieta?

GUILLERMO. Sí, creo que se lo merece, pero no se lo digas. No quiero ser víctima de un crimen para cobrar una herencia.

PEPE. No creas que yo no he pensado más de una vez dejarle lo que tengo a Elena, pero luego me da remordimiento de conciencia. En el fondo mi hijo no es tan malo, pero es terco como una mula y no hay quien le haga entrar en razón. Está obsesionado con que no estoy bien, incluso cree que tu influencia es muy negativa para que esté convirtiendo una plácida vejez en el camino a la perdición.

GUILLERMO. Ese muchacho no aprenderá hasta que le pegue fuerte la úlcera o cuando le metan bien dentro el dedo de la próstata. Entonces puede que se

plantee que la vida no es una guerra, ni la familia una trinchera de la que es peligroso salir.

PEPE. Espero que sea antes de que pierda a Elena, porque a mí ya no me va a hacer daño, pero su hija necesita a un padre que la quiera y que respete su forma de entender la vida. Claro que yo tampoco lo supe hacer con él cuando tuve la oportunidad, y eso duele.

GUILLERMO. Te juro que no dejas de sorprenderme.

PEPE. Joder, es que hay que agarrar la vida por los cuernos, y si la muerte llega, que al menos nos pille haciendo lo que nos gusta y sin que nada haya quedado pendiente. Mi pobre Elvira no tuvo esa oportunidad.

GUILLERMO. Ten en cuenta que lo que estamos haciendo no solo es por nuestra propia salud mental, también es por ella, por Elena y hasta por tu viejo, aunque él puede que lo descubra demasiado tarde.

PEPE. Esta mañana, mientras estábamos en el funeral escuchando el sermón típico de los entierros, he

pensado en lo que llevamos escrito y lo que nos falta por completarlo, y me he dado cuenta de algo muy importante en lo que no hemos caído.

GUILLERMO. ¿A qué te refieres?

PEPE. Al título, no podemos tener un guión sin título.

GUILLERMO. Es verdad. No sé cómo se nos había olvidado. Debemos encontrar uno que sea impactante y representativo de nuestra obra. ¿Se te ha ocurrido alguno?

PEPE. Los que he pensado en la iglesia no me gustaban, y cuando llegó el momento de desfilas delante del féretro recordé que habíamos escrito muchos crímenes en el guión, pero no habíamos incluido ni un solo entierro.

GUILLERMO. Los entierros ralentizan mucho la acción, salvo si se utilizan como escenario para perpetrar algún crimen.

PEPE. ¿Se te ocurre un título?

GUILLERMO. ¿Qué te parece «Éxtasis en rojo»?

PEPE. Como título no me dice nada, y si se trata de una broma política no tiene gracia. El título es algo muy importante, y no podemos precipitarnos al elegirlo.

GUILLERMO. Eso es cierto, si no es impactante, los productores no se interesarán por nuestro guión.

PEPE. Se me ocurre uno. ¿Qué tal «El arte y la traición»? Como trata de un artista que le pone los cuernos a su amigo.

GUILLERMO. Muy pretencioso, además yo no me metería en el terreno del arte, los críticos nos juzgarían con severidad. Es necesario que tenga que ver con la intriga, que provoque interés, pero que sea lo suficientemente ambiguo para que no se identifique con una situación concreta.

Los dos permanecen en silencio.

PEPE. ¡Lo tengo! Seguro que funciona.

GUILLERMO. Dilo.

PEPE. Escucha atentamente y no te dejes llevar por la primera impresión.

GUILLERMO. De acuerdo, lo haré como quieras, pero dilo de una maldita vez.

PEPE. «La sospecha de una duda».

GUILLERMO ¿Qué significa ese título? Yo no le encuentro sentido.

PEPE. Eso es lo mejor de todo. No significa nada, pero te hace pensar en busca de sentido. No sabes si primero es la sospecha o lo es la duda, o tal vez la duda de una sospecha, quizás si hay sospecha no debería haber duda...

GUILLERMO. Por favor no continúes que me vas a hacer sospechar que tú no estás bien, si es que me quedaba alguna duda.

PEPE. Pero no me negarás que tiene fuerza y gancho, y cumple con lo que has dicho.

GUILLERMO. «La sospecha de una duda», lo cierto es que no suena mal, nada mal, aunque no tenga mucha relación con el guión.

PEPE. Por eso no te preocupes. Si la película tiene éxito, los críticos ya le encontrarán gran cantidad de

simbolismos ocultos.

GUILLERMO. Entonces vamos a seguir trabajando para completarlo.

Oscuro.

OCTAVA ESCENA

Los dos están sentados con papeles en las manos.

PEPE. ¿Qué tenemos?

GUILLERMO. Incluyendo la última secuencia de sexo salvaje, tenemos un total de setenta y tres secuencias que ocupan ciento cinco páginas. El cupo de asesinatos, explosiones, violencia callejera y escenas de cama lo hemos cubierto con creces.

PEPE. Me preocupa un poco que hayamos superado la media en tan amplio margen.

GUILLERMO. Pienso que en estos casos es preferible que sobre a que falte. Los productores tienen que saber que no somos tacaños a la hora crear. Además, ninguna de las secuencias está de relleno, todas tienen sentido en la trama.

PEPE. Eso es cierto, todo lo que hemos escrito es necesario para el equilibrio de la historia.

GUILLERMO. ¿Tú crees que hemos partido del

comienzo adecuado?

PEPE. Sí, para que la historia no resultara lenta teníamos que partir de la ruptura de Jimmy con su pareja y de la insatisfacción que siente Linda en su vida conyugal.

GUILLERMO. Linda está convencida de que su marido concede más importancia a los criminales que a su propia mujer.

PEPE. Lo cual ya te dije que me parece un poco egoísta por su parte. Ronald está realizando una importante labor social que no ha sido suficientemente reconocida.

GUILLERMO. Pero el que ayude a la sociedad no le sirve de consuelo a Linda. Ella necesita un hombre a su lado que la quiera.

PEPE. No volveré a discutir sobre esta parte, ya que siempre nos metemos en un callejón sin salida.

GUILLERMO. Es lo más sensato.

PEPE. Jimmy comienza a sentirse atraído por la mujer de su amigo y trata de luchar contra su deseo

para no herir a Ronald.

GUILLERMO. Linda se da cuenta de que le gusta a Jimmy y, al igual que la mayoría de las mujeres, se siente muy atraída por ese artista bohemio.

PEPE. No tantas, hay muchas mujeres que prefieren a un marido con una sólida posición económica antes que a un bohemio, por muy artista que sea.

GUILLERMO. Hablaba de deseo, no de matrimonio. Yo no me imagino a ninguna mujer que sueñe en sus aventuras románticas con un funcionario de registro con plaza fija. Supongo que soñarán con exploradores, artistas de cine, pintores o pilotos de carreras.

PEPE. Claro, soñar es muy fácil, todos soñamos, pero lo importante es comprometerse, y un bohemio no puede ofrecer seguridad.

GUILLERMO. Así de bien nos ha ido a nosotros con tanta seguridad. Anda, vamos a continuar con el guión, que afortunadamente es lo único inseguro que estamos haciendo en nuestra vida.

PEPE. ¿Por dónde íbamos?

GUILLERMO. Linda utilizando sus encantos, que son obvios para cualquier hombre menos para su marido, provoca una atracción fatal en Jimmy y se desata la pasión.

PEPE. Ronald, que al principio no sospecha de la traición, le cuenta a Jimmy su temor. Cree que su mujer le puede ser infiel. (Se queda un momento pensando.) Me parece que no es normal que un pintor y un policía sean amigos.

GUILLERMO. ¿Por qué no va a ser normal?

PEPE. Son dos profesiones muy diferentes.

GUILLERMO. Ese no es motivo suficiente. Yo tuve un amigo que trabajaba en un circo.

PEPE. ¿De verdad? ¿Qué número hacía?

GUILLERMO. Era taquillero.

PEPE. Entre un funcionario y un taquillero no hay tanta diferencia, los dos están detrás de una ventanilla.

GUILLERMO. Pues imagínate que eran amigos de la infancia y que estudiaron juntos hasta bachillera-

to, pero unos sangrientos criminales mataron al padre de Ronald, y este decidió hacerse policía para luchar contra el crimen.

PEPE. Supongo que esos mismos criminales debieron llenar de desconchones las paredes de la casa de Jimmy, y por eso se hizo pintor.

GUILLERMO. No creo que sea el momento más adecuado para bromear.

PEPE. Qué poco sentido del humor tienes. En fin, continuemos con los hechos.

GUILLERMO. Jimmy sufre una profunda crisis de identidad. Ama con pasión a Linda y no quiere traicionar a su amigo.

PEPE. Pero bien que le ha puesto los cuernos. Si eso es un amigo que venga Dios y lo vea.

GUILLERMO. Cuando decidimos que Jimmy se acostara con Linda, quedó muy claro que no era para vengarse de su amigo, sino porque amaba a esa mujer y ella le correspondía. El amor tiene esos caprichos y no lo vamos a cambiar nosotros. Además, Ronald solamente se interesó por Linda cuando comenzó a sen-

tir celos; y que conste que él también se acostaba con otras mujeres.

PEPE. Pero no lo hacía por amor, lo hacía únicamente por motivos profesionales, pretendía obtener información.

GUILLERMO. Sí claro, esa es la excusa que ponen todos.

PEPE. También Jimmy tuvo la aventura con Jessica mientras estaba enrollado con Linda.

GUILLERMO. ¡Pero no compares! Jimmy renuncia a una carrera fácil y llena de lujos por el amor de Linda.

PEPE. No lo tengo yo tan claro, pero en fin, como ya no vamos a cambiar la trama, dejémoslo como está. Ahora lo más importante es decidir cómo terminamos el guión.

GUILLERMO. Siguiendo el curso natural de la historia, con un final feliz. Jimmy y Linda se marchan juntos.

PEPE. No estoy de acuerdo, yo soy partidario de

que Ronald recupere a su mujer y Jimmy se vaya a pintar a otra parte. Después de todo lo que le hemos puteado creo que se merece una recompensa.

GUILLERMO. Pero eso sería terrible, estaríamos castigando a Linda a vivir con un hombre al que no ama.

PEPE. Que no se hubiera casado con él.

GUILLERMO. Si no se hubiera casado con él, no tendríamos guión. Para que se puedan desatar las locas pasiones ha de existir el riesgo y un mínimo de tres personas. Yo creo que Jimmy se debería quedar con la chica, y Ronald debería morir en una misión heroica, después de salvar a muchas personas que han sido tomadas como rehenes por un grupo de sicarios.

PEPE. Hay que ver la manía que le tienes al pobre Ronald, mucho dejarlo como un héroe, pero sólo te interesa cornudo y muerto.

GUILLERMO. Sabes que son exigencias del guión.

PEPE. ¡Y una leche! Aquí las exigencias del guión están al cincuenta por ciento.

GUILLERMO. En vista de que lo hemos intentado todo y no llegamos a un acuerdo para terminar el guión, propongo adoptar una solución democrática.

PEPE. No creo que eso solucione nada, si tú votas un final y yo el otro, seguiremos empatados.

GUILLERMO. Creo que además de nosotros deberían votar los personajes. Al fin y al cabo son ellos los que están viviendo la historia, y es justo que decidan su futuro.

PEPE. ¿Qué estás tramando?

GUILLERMO. Qué también voten Linda, Jimmy y Ronald.

PEPE. Está claro que Ronald piensa como yo.

GUILLERMO. Y Jimmy es favorable a mi postura, y en cuanto a Linda, resulta obvio que prefiere a Jimmy.

PEPE. Yo no estaría tan seguro, las mujeres son muy volubles en sus decisiones. No te olvides de que se casó con Ronald. La pasión es algo pasajero, y cuando se esfuma hay que agarrarse a lo que sea más

seguro.

GUILLERMO. ¡Hay que ver la obsesión que tienes por la seguridad! Si te olvidas por un momento de lo seguro y piensas en el amor, te darás cuenta de que estás siendo terriblemente cruel. Sabes de sobra que Linda está enamorada de Jimmy. ¿Quieres cargar sobre tu conciencia el dolor que tendrá que soportar durante toda su vida? ¿Qué trabajo te cuesta concederles la felicidad?

PEPE. (Después de un tenso silencio.) Está bien, acepto, en el fondo soy un sentimental. ¡Qué triunfo el amor!

GUILLERMO. (Abrazando a su amigo.) Te aseguro que no te arrepentirás, hay que ser muy hombre para tomar esa decisión.

PEPE. Bueno, dejémonos de romanticismo que se me dispara la tensión.

GUILLERMO Yo creo que el final lo resolveremos con tres secuencias.

PEPE. Y entonces, ¿qué?

GUILLERMO. Pues que habremos terminado nuestro guión, demostrado que somos capaces de desarrollar un proyecto hasta el final.

PEPE. ¿Y luego?

GUILLERMO. Lo mandaremos a algún sitio para que lo lean.

PEPE. Me refiero a nosotros, a nuestro trabajo, a la actividad que hemos desarrollado.

GUILLERMO. Somos guionistas noveles, no estarás pensando ya en la jubilación.

PEPE. Yo no, pero temía que tu estuvieras cansado.

GUILLERMO. Estoy cansado de los médicos, de las salas de espera, de los tanatorios. Todo eso te consume y te va matando poco a poco, pero no estoy cansado de buscar en aquello que guardamos en la memoria. Eso hace que me sienta joven.

PEPE. ¿Qué te parece si en el próximo guión escribimos la historia de dos viejos que se fugan del asilo y se dedican a robar bancos para llevar una vida llena

de excesos y lujuria?

GUILLERMO. Me gustaría más hacerlo que escribirlo, pero como ya no estamos para salir corriendo delante de los polis, vamos adelante con la fantasía.

Oscuro final.